

de elementos que constituye en ocasiones una visión plenamente romántica. Pero no confundamos sentimientos, actitudes, fases históricas que participan de rasgos comunes, con ciertos movimientos históricos concretos. En realidad, su obra es plenamente dieciochesca, con la ventaja que nos da, en una síntesis más estable de lo que parece, el doble rostro de luz y de tiniebla que caracteriza al llamado siglo de las luces. Piranesi, con notables conocimientos de la cultura clásica, hizo en su obra una importante labor arqueológica, y terminó por hacer una trasposición histórica: se determinó a vivir en medio de unas ruinas investidas de prestigio que, en lo que podía significar de proyecto real o realizable, eran inventadas. Hay una serie de aguafuertes que nos hacen ver más claro aún que sus *Cárceles* la apoteosis irracionalista: sus *Caprichos*, donde las formas se disuelven, en un despliegue vegetal de la línea desesperadamente expresionista. Estas visiones en lo que tienen de capricho nos revelan lo que tienen de máscara cierto tipo de construcciones arquitectónicas frías, y nos hacen pensar en las de un Paladio, por el que Piranesi sentía gran admiración.

Pero este lado furiosamente expresivo y tenebrista no debe taparnos el otro, con el que forma una dialéctica unidad. Porque, a través de esa oscuridad, él buscaba la misma estructura cristalina de la realidad que apreciamos en su obra más racional. Quizá éste pueda ser el sentido de la famosa frase que colocó en el frontispicio de la *Colección de algunos dibujos de... Guercino*: "Ensuciando se encuentra". Este "ensuciar" supone, entendido en el contexto de su época, y en el de la nuestra, un camino de libertad: a su manera también ensuciaban Turner, Goya y Blake, como lo han hecho Wols, Pollock, Dubuffet y Tàpies. No se renuncia a la razón ni se la deja de lado: se aspira a pasar tanto a través de ella como del inconsciente, con la ayuda de técnicas sólidamente aprendidas y de una conciencia que trata de ver claro incluso en la oscuridad. ■

La nueva postura

El español se aburre. No es que lo ofatee yo, sino que alguien lo ha contado en prosa estadística. Los españoles, a lo que parece, ni vamos al cine ni al teatro, ni compramos libros ni discos, ni demasiada ropa, por más que los imaginativos del "prêt-à-porter" nos sacudan las entrañas con los trajes que llevaban papá, mamá y la tita soltera. Sin resultado: la libido no despierta. Aquí, amén de en comer, el tiempo y el dinero del ocio se nos van en mirar la "caja idiota", lavar el coche y comprar gasolina para echarle un vistazo, tal vez el último, al pequeño rincón silvestre que iba a liberarnos del stress, las grasas y otras opulentas secuelas del capitalismo avanzado.

Picasso, afirman sus biógrafos, se aburría hasta el bostezo cuando no trabajaba. El país, y no hay que leer las estadísticas, y si se me apura, ni

abrir los ojos, no abunda en Picassos, pero tampoco en labores. De modo que alguna relación ha de haber entre el aburrimiento y el paro que viene a curarnos, por la vía ascética, de los excesos de la opulencia entrevistista. Pero sigamos con Picasso, tan español como cosmopolita. Otro cosmopolita, el italiano Pavese, aseguraba, y lo hacía en verso, que trabajar cansa. Como don Pablo, Pavese trabajó sin descanso, sólo que no aceptó el bostezo y se quitó de en medio. Bien es verdad que como se pasó la vida trabajando duramente hasta que se quitó de en medio pudo aclararnos que el cansancio lo daba el oficio de vivir, un trabajo tan común que no lo parece. En fin, nunca se sabe.

De modo que trabajar cansa y vivir da miedo. Quizá no sea cabalmente así, pero tanto da. El español tiene miedo a votar las autonomías, a que le quiten la parcela que no puede pagar, al empleo que aún conserva, al televisor que todavía mira, a las opulencias que aún no pudo conocer, al paro que no cesa. Y como además se encuentra rodeado de vecinos igualmente asustadizos, el susto crece. Un tipo cansado de vivir y encima aburrido y ocioso es alguien que puede tirar por la calle de en medio y entretenerse apartándose él mismo o a los demás. Se asegura que ese tipo abunda y las charlas españolas se pueblan de susurros sobre asaltos y proposiciones de gente ida, que puede ser zombi o sólo parecerlo. Se habla asimismo, claro está, de puertas de seguridad, tan inexpugnables contra el asaltante como contra el alguacil, capaces de defender lo poco que va quedando: el televisor, el aviso de embargo o la virginidad de la niña. No sé si alguien lo contó ya en lengua estadística, pero sospecho que en el 90 por 100 de los hogares con hija hembra se habla de si se irá o no a Londres cuando quede preñada la pequeña; en los hogares de predominio varón se dará, supongo, la

variante de si pagar o no cuando un padre de embarazada acuda a pedir la parte alícuota del tour inglés.

El español anda más o menos como acabo de resumir y quien esto escribe anda harto. Harto porque lo habitual, cada vez que se menciona el cansancio, o el aburrimiento, o el miedo del país, consiste en alancear la tierna, que no inocente, criatura política que hemos parido. O si se prefiere, harto porque no ve el modo de convencer, a quien no esté de antemano convencido, de que el aburrimiento, el cansancio y el miedo no son el fruto de lo nuevo, sino de lo viejo: que sigan donde sollan los mis-

mos perros con los mismos collares y los mismos ladridos; que nos den los mismos mordiscos en los glúteos o la cabeza. Harto de que la ley de divorcio que va a nacer, si es que nace, sea lo más parecido a un

aborto y de que la ley sobre el aborto puede meter en la cárcel a más mujeres, pobres o no, pero decididas a adelgazar un mundo cansado, aburrido y miedoso. Harto de que los píos periódicos que claman por la defensa de la vida no publiquen alegatos contra la pena de muerte o reportajes contando en qué clínicas españolas y bajo qué recetas alivian su matriz las damas pudientes que carecen de fogón para saltar al suelo. Harto de los pio-pío ingeniosísimos que les descubren a las feministas las verdaderas razones de su postura —¿cómo no predicaría usted el aborto si su madre la parió en estado fetal?— creyendo que descubren la pólvora y no el sermón de un deán anglicano contra Darwin.

El país podrá ponerse divertido si se celebrara un nuevo Concilio donde se debatiera si la mujer tiene alma y ganaran por un voto los partidarios de negársela, a la inversa de lo que les sucedió antaño a los santos padres de lo que era entonces la modernidad. El país podría andar con agujetas, pero no cansado, si se acabara de meter en cintura a los perros de siempre y de tirar los consabidos collares a un barranco. Pero nada de eso aparece en lontananza. Aparte de estadísticas falseadas, lo que se ve es la moda "retro" —en las boutiques, en la pintura, en los libros, en las canciones, en los discursos—. Ni siquiera nos queda el noble consuelo de declararnos tristes, cansados, solitarios y viejos, porque nada verdaderamente nuestro se lo tragó la tierra. Todo sigue ahí, aunque no al alcance de las manos de todos.

Nos han sentado en una silla y se nos concede aburrirnos frente al televisor, y a los muy hartos cabrearse porque vemos pasar la vida ya gastada con tanta perfección y tan escasa velocidad que creemos reencarnar en el cuento de Funes el memorioso. En resumen: la nueva postura que propongo es la de quien sufrió un parálisis. ■

LA SILLA

ISAAC MONTERO